

UN REALISMO MILITANTE

SE cumple este año el centenario del nacimiento del novelista Manuel Ciges Aparicio (Enguera [Valencia], 1873; Avila, 1936).

Escritor de vasta obra, repartida entre libros autobiográficos, reportajes novelísticos, novelas propiamente dichas, una biografía de Joaquín Costa («Joaquín Costa, el gran fracasado») y una visión general de un largo período de la Historia de España («España bajo la dinastía de los Borbones»), así como una infatigable labor de periodista y traductor (entre otras muchas, Ciges tradujo las obras completas de Ruskin), Ciges Aparicio fue un escritor independiente, en lucha, siempre contra viento y marea, sufriendo persecuciones, destierros y confinamientos. Murió trágicamente en Avila, en los primeros días de agosto de 1936.

Ahora que una cierta crítica histórica impugna a los maestros del 98 ciertos excesos de verbalismo y la práctica de una crítica poco concreta y mística, y se busca en su juventud el período más comprometido con la realidad y la situación social de España, la lectura de la obra de Manuel Ciges Aparicio da medida de la importancia de su testimonio, lleno de preocupación por la regeneración de su país y de denuncia de una situación de injusticia en el sistema político que restauró Cánovas. Asimismo, frente al acomodo de parte del grupo generacional, la postura de Ciges Aparicio fue siempre de un mayor compromiso con la realidad, exponiendo su propia vida en pro de remediar, en la medida que un escritor puede, la situación de las clases españolas menos privilegiadas.

Su presencia, muy joven, en la Cuba colonial, ya en franca rebelión contra la presencia española, le lleva a la cárcel de La Cabaña, en la capital de las Antillas. Su delito fue haber criticado la actuación de las autoridades militares españolas y, concretamente, la del general Weyler.

Ya antes, en las páginas de «El País» (1 de enero de 1896), había aparecido un artículo, firmado por «Escipión» y salido de su pluma, «Pro Autonomía», en el que pedía la autonomía de la isla. Y esto con anterioridad al artículo de Pi y Margall en los mismos términos, que tanto revuelo levantó en la condolidada y agitada España de aquellos últimos años del siglo.

Con la publicación de «El libro de la vida trágica: del cautiverio» (1903), que relata su estancia en la prisión colonial, se inicia la serie autobiográfica (memorias literarias de un español que narra sin énfasis alguno las vicisitudes

*Sr. Don Benito Pérez Galbis.
Santander
 Querido Don Benito: Por si
 aún no está en Madrid, avándole
 le escribo, le repito aquí la petición.
 Urge que me envíe V. una fotografía
 para ilustrar el libro que Miguelis ha
 hecho sobre el Beato en España.
 Se están corrigiendo ya las pruebas.
 Suyo,
 M. Ciges Aparicio
 París, 21 de octubre 1911.*

Autógrafo de Ciges Aparicio.

de una juventud azarosa, según Cansinos Assens), compuesta de cuatro libros: el ya citado «Del cautiverio», «El libro de la vida doliente: del hospital» (1906), «El libro de la crueldad: del cuar-

tel y de la guerra» (1906) y «El libro de la decadencia: del periodismo y la política» (1907). Estos libros, trazados con cierta unidad de plan, constituyen un fresco impresionante de cuál era la si-

tuación de la sociedad española en aquellos primeros años del siglo XX, vistos por un testigo que ha sufrido en su propia carne los horrores que narra.

Después de esta serie, Ciges Aparicio se enfrenta con los problemas actuales, desde un tiempo presente, no en recuerdo, en una ingente tarea de desenmascaramiento de situaciones injustas como vía informativa a la opinión del país sobre cuál era la situación del mismo. Publica así «Los vencedores» (1908) y «Los vencidos» (1910), dentro del ciclo «Las luchas de nuestros días». Reportajes novelísticos ambos sobre la situación de tres distintas cuencas mineras españolas (Asturias, Río Tinto y Almadén), llenos de sugerencias, narrados con un excepcional calor humano, auténticos, críticos, nos atreveríamos a decir que necesarios. Leerlos es volver a repasar un capítulo indeseable de la Historia de España, de la codicia humana, de la tristeza de unos hombres abandonados. Ejemplo de periodismo combativo, estos reportajes inician una corriente literaria de cuya importancia son jalones «Viaje a la aldea del crimen», de Sender; «En el país de los bubis», de José Más, prologado por Unamuno; «La España desconocida y tenebrosa», de Alardo Prats y Beltrán, y que se prolonga hasta nuestros días con «Caminando por las Hurdes», de Armando López Salinas y Antonio Ferrer. Todo un movimiento de interpretación real de la geografía española todavía no valorado suficientemente y que tiene en Ciges Aparicio su brillante iniciador. ¡Qué lejos nos encontramos en estas páginas, auténtico ajuste de cuen-

RAMON GOMEZ DE LA SERNA: «Automoribundia»

«Ciges Aparicio vivía debajo de mi cuarto, y esa vecindad me hizo volver a andar alguna vez con aquel hombre sombrío, de destino de selva negra, que en sus libros había descrito su tragedia en las últimas colonias, respetando en la historia de su cautiverio el momento en que lo dejaron tarado para siempre.

Alguna vez escribiré la biografía de este escritor desdichado, siempre al olor de las rebeliones españolas y tipo representativo de sus arengadores secretos.

Los fanáticos le iban a buscar porque eran más ensombrecidos por él, que los predestinaba con el prestigio de su barba negra y de su tipo de severo profesor de moral viviendo a lo político perseguido, junto a su baúl.

A mí me daba pena, porque, con todo, su vida era lastimosa, y arrastraba su baúl por todas partes, y en París estaba como emigrado político

contando lentas anécdotas que al fin no resultaban, cosas de «L'Humanité», de Soledad Villafranca —por la que tenía una pasión enlutada— y de los editores de París envueltos en bufandas.

Yo le temía, pero una noche tuve que asistirle, pues en las altas horas comenzó a sonar su bastón con violentos golpes que él daba en su techo y resonaban en el suelo de mi cuarto.

Bajé. Se moría. Había comido unos higos en casa de un revolucionario y estaba en las últimas. Le hice té. Le di una medicina salvadora, y pasó el arrechucho».

MANUEL AGUILAR MUÑOZ: Una experiencia editorial

«Un amigo mío, escritor, don Manuel Ciges Aparicio, quien me aventajaba en bastantes años y tenía relaciones con editoriales, me ofreció el empleo de corrector de imprenta en la sec-

ción española de una casa francesa, Louis Michaud. El sueldo sería de 175 francos mensuales. Podría yo hacer traducciones fuera del horario de la oficina —me advirtió Ciges Aparicio— que se pagarían a un franco la página.

—Si es usted diligente y cuando esté avezado, puede traducir alrededor de doscientas páginas mensuales —indicó Ciges.

«El destino se va configurando», pensé al respirar de nuevo el olor de la tinta de imprenta.

Por aquel tiempo publiqué la única obra —hasta hoy, si aparece esta segunda— escrita por mí. Es la exacta realidad. No puedo. La República del Salvador había encargado a la Editorial Louis Michaud un libro escolar; naturalmente, en español. Ciges Aparicio conocía mi profesión de maestro y me invitó a escribirlo. Sería ilustrado por un joven español, que ya era un gran dibujante y sería famoso caricaturista, Joaquín Xaudaró; por lo demás, amigo mío. Nos pusimos a la



JOSE ESTEBAN

analfabeta, engañada por un sistema corrompido, se muestran al desnudo. La crítica social de Ciges Aparicio está exenta de misticismo, de idealismo y relaciona las situaciones de las distintas clases sociales de una manera real y clarificadora.

«El juez que perdió su conciencia» (1925) relata sus propias experiencias como candidato a las elecciones de 1923. En ella se nos presentan con gran fuerza narrativa las transmutaciones que sufría la realidad social española, cuando el aparato electoral, movido desde los Ministerios madrileños, llegaba con sus hilos eléctricos en busca del cacicazgo a los más apartados pueblos españoles. Ahora que en España empieza a estudiarse la sociología electoral, la lectura de «El juez que perdió la conciencia» no hace sino traernos el reportaje vivo, fiel, terrible, a muerte, de la lucha electoral. A treinta años de historia, toda la rica gama de enredos, situaciones, asechanzas, trucos, palos, encarcelamiento de contrarios, enchufismo, etcétera, en que consistía una elección para diputado, nos parece imposible. Sin embargo, eran el pan nuestro de cada día en cuanto el partido en el poder declaraba abierto el período electoral.

Las líneas finales de la novela reflejan la tristeza española, la derrota del ingenuo candidato (el autor en este caso) y la certeza en la continuidad de la situación, sin la más mínima posibilidad de transformación o cambio.

En 1926, Ciges Aparicio publica «Circe y el poeta», en la que se relatan las desventuras de un revolucionario y poeta español en el París de 1914. Obra deslavazada y mal construida, no aporta nada importante a su quehacer literario.

En cambio, su última novela, «Los caimanes» (1931), constituye un vigoroso relato novelesco, en el que insiste en la España

rural, con sus irresueltos problemas, su envidia, su mezquindad, su egoísmo.

En 1930, «Joaquín Costa, el gran fracasado», quizá la mejor biografía del polígrafo aragonés hasta la fecha, y «España bajo la dinastía de los Borbones», en 1932, impresionante libro, en el que se recorre toda la dramática trayectoria de España durante los reinados de esta dinastía y en el que el novelista nos da medida de la importancia de la Historia en toda su creación, demuestran y completan el escritor que fue Ciges Aparicio.

No se intenta aquí una revisión total de la importante obra del escritor valenciano, en el que la literatura de creación ocupó un lugar a veces secundario, sino únicamente el dejar constancia de su infatigable labor, repartida entre sus reportajes testimoniales, su quehacer periodístico repartido por la prensa de toda la geografía nacional, que le llevó a estar siempre donde su pluma pudiera dejar testimonio de la injusticia, de la cobardía, del envilecimiento; de su actuación personal en la política, que le condujo a la muerte, y de su vida errabunda y triste, adonde fue empujado por la sinceridad de sus convicciones. Todo ello hace de nuestro autor una de las personalidades más interesantes de los primeros cuarenta años del siglo XX en España. Su actual olvido, a tantas luces injustificado e inexplicable, si no fuera porque la posguerra española explica tantas cosas, obliga a la juventud española a una revisión de valores en la que Ciges Aparicio ocupará el puesto que le corresponde. Obliga también a los editores a una atenta mirada a su obra, necesaria y justificativa y llamada, en muchos de sus libros, a un verdadero éxito literario.

Esta quiero y creo que sea mi aportación modesta a tan olvidado centenario. ■

tas a la Restauración, de las literarias y melancólicas de «La ruta de Don Quijote»!

La preocupación por la situación de Marruecos, el otro peso muerto del colonialismo español, queda reflejado en «Entre la paz y la guerra: Marruecos» (1912), escrito un año después de la catástrofe del Barranco del Lobo. El libro es una llamada dramática a la conciencia nacional para impedir los afanes revanchistas de cierta capa de la sociedad española. «La guerra es el desastre para España», dice Ciges.

En cuanto a su obra novelesca propiamente dicha, en la que recrea ficticiamente toda una España rural, empobrecida y miserable, se inicia con «El vicario» (1905), que introduce en nues-

tra literatura, casi treinta años antes de hacerlo Unamuno (recordemos «San Manuel bueno, mártir»), el tipo del sacerdote preocupado por las responsabilidades del hombre, referidas a su aspecto materialista y terrenal, con el normal desgarramiento entre la llamada de una conciencia que empieza a despertar acerca de la validez de su actuación entre sus hermanos y la convicción y la costumbre de limitarse a una acción puramente espiritual. Nace así una figura novelística de gran riqueza psicológica y que llegará a constituir el tema central de algunas novelas sociales. (Recordemos «El asalto», de Julián Zugazagoitia.)

En «La romería» (1911) y «Villavieja» (1914), toda la brutalidad de una sociedad levítica y

tarea, que nos reportó sendos doscientos francos» (1).

ANDRES GONZALEZ BLANCO: «Historia de la novela en España desde el romanticismo a nuestros días». Madrid, 1909

«El estilo de Ciges, mezcla del valleinclanismo modernísimo, tan influyente en España, y de la severidad de los períodos usados en el año 50, no podría definirse con exactitud. Yo no me atrevo. Sólo diré que de estilos como éste se comprende la afirmación de que la literatura es el arte que los resume a todos.

Esta obra de Ciges (se refiere a «Del cautiverio») es de un género nuevo en España, donde no se han cultivado mucho los géneros noveles. Faltaba por hacer, antes de Ciges,

(1) «Primer libro de lectura», por Manuel Aguilar, profesor de Primera Enseñanza. Louis Michaud (Paris).

la novela carcelaria; Ciges la ha hecho, como también faltaba por hacer la novela eclesiástica (se refiere a «El vicario»), que el mismo autor ha hecho en «El vicario». De la primera diré que a ratos resiste la comparación con los más afamados ejemplares de la literatura carcelaria, si cabe hablar así, tales como el «De-Profundis», de Oscar Wilde —esa obra sin igual—; «Mis prisiones», de Silvio Pellico; «Crimen y castigo», de Dostoievsky, y algunas más. Hay en la obra episodios verdaderamente patéticos y emocionantes, capítulos de incomparable fuerza descriptiva, y el todo realizado por un estilo que es ya el prenuncio de las perfecciones de su obra posterior.

VALLE-INCLAN:

«Recuerdo vivamente la impresión que me produjo la lectura de este libro en los días ya lejanos de su aparición. Aun cuando bien acogido por la crítica y público, me indignaba que no obtuviese el favor de venta y elo-

glo resonante que merecía. Era un libro único y sigue siéndolo. Muchas veces, en los círculos literarios de aquel tiempo, hubo yo de compararlo con «La casa de los muertos», de Dostoievsky. Sonrisas de circunspecta envidia atenuaban mi juicio en el corro de amigos y cofrades.

Hoy, que he vuelto a releer el libro de Ciges Aparicio, no sólo me confirmo en la opinión de entonces, sino que me parece superior a la obra del famoso escritor eslavo.

(Palabras escritas en 1930, con motivo de la reedición por la Editorial España del libro «Del cautiverio».)

AZORIN:

«El libro de Manuel Ciges Aparicio es un punto de apoyo. No he de ser yo quien hable de las excelencias literarias de este libro —de un vigoroso y patético realismo—, pero sí se me habrá de permitir que en él estribe algo acerca del período histórico llamado La Regencia. Punto de apoyo para hacer el examen de ese período

es el libro de Ciges. Y ya es hora de que acometamos la tarea de trazar la historia de tales días. Historia que debemos hacer con todo el respeto que se quiera, con muchísimo respeto; pero siendo amigos leales de la verdad.

(Palabras escritas como en la anterior ocasión.)

LUIS ARAQUISTAIN

(«La Nación», de Buenos Aires, 7 de septiembre de 1930):

«Es la historia de prisión de Ciges Aparicio en La Cabaña, la fatídica fortaleza-presidio de La Habana, donde el capitán general Weyler le tuvo encerrado muchos meses, y aún estuvo a punto de fusilarle, por un artículo en que nuestro autor censuraba a las autoridades españolas de la isla.

En ninguna lengua, que yo sepa, existe una pintura tan acabada y horrorosa de semejante infierno real, y el propio Dante se le aproxima en lo que tiene de imaginario.»